

Notas de la II Exposición Viajera de Artes Plásticas

(Fragmentos)

POR ROBERTO CONTRERAS

Una vez que el señor Rector de la Universidad dió su aprobación al proyecto de la II Exposición Viajera, empezaron las gestiones. Y así, con el apoyo del Director General de Difusión Cultural, del Jefe del Departamento de Artes Plásticas del Instituto Nacional de Bellas Artes, del Director de la Escuela Nacional de Artes Plásticas; además de la colaboración de los integrantes del Taller de Gráfica Popular, y de artistas como José Clemente Orozco, Alfredo Zalce, José Chávez Morado, Raúl Anguiano, Mariano Paredes, Federico Canessi, etc., los cuales facilitaron obras de su propiedad que, aunadas al valioso lote proporcionado por el Instituto de Bellas Artes y la Escuela de Artes Plásticas hicieron de nuestra Exposición un conjunto de enorme valía, nos dimos a la tarea de arreglar convenientemente el material reunido, preparamos la propaganda y, empacándolo todo perfectamente, nos consideramos listos para emprender el viaje.

Salimos el 12 de mayo.

Veracruz nos dió el espaldarazo, y sus periódicos se encargaron de armarnos misioneros. A decir verdad, no habíamos previsto el asunto bajo ese punto de vista; pero hubimos de terminar por acostumbrarnos, con cierta resignación no exenta de incredulidad.

Decidimos hacer la inauguración oficial un domingo a las 11 de la mañana. Resultado: los asistentes al acto fueron los músicos de la Banda que se amenizaba a sí misma y un selecto y más que selecto reducido número de nuestras amistades personales. En desagravio, esa misma noche nos visitó una gran cantidad de público, que a cada momento se renovaba con interés creciente. El éxito estaba asegurado.

Y aquí nuestras primeras experiencias. Nada mejor para llegar a la médula de un pueblo que presentarle algo que le despierte un interés natural, que toque las fibras de su escondida sensibilidad, o simplemente que choque con su propia manera de pensar. Así, consideramos haber reunido suficientes argumentos para poder decir que el pueblo veracruzano, además de su ya tradicional alegría dicharachera, guarda en sí una inquietud natural y una franqueza poco comunes. Tuvi-

mos la satisfacción de comprobar, desde los niños de las escuelas primarias —que nos visitaron por invitación que hicimos a las autoridades educativas— hasta las principales personalidades del medio cultural, que en el pueblo veracruzano hay una disposición natural, despierta siempre a captar toda manifestación que implique una novedad o un conocimiento. Muchos de aquellos niños regresaban más tarde por sí solos, y pedían una explicación más detallada sobre tal o cual cuadro, ya sea de técnica, de interpretación, o de ambas cosas. Nadie se fué sin ser atendido. Y es obvio aclarar que, dentro del limitado terreno de nuestras posibilidades, no nos guió más ambición que la de desper-

tar una inquietud sana, libre de todo credo de cualquier índole, sin más meta que la de acrecentar el interés que todo mexicano debe sentir por su propia raza, por su propia patria y por sí mismo. Así lo sentimos, y así lo decimos a los cuatro vientos. No ignoramos que es una labor un tanto quijotesca, a la que se podrá tachar de soñadora, estéril, o acaso demagógica, por estrategias de café que al amparo de su fingida compasión lanzan la piedra y ni siquiera dan en el blanco. Pero eso no nos importa. Creemos en México, y lo que hacemos, lo hacemos así porque con toda nuestra buena fe creemos que así está bien. Si cada día encontramos una sola persona que vea algo en nuestras palabras y nos exprese su asentimiento, si esa persona nos indica —como afortunadamente ya hemos encontrado muchas— que comprende nuestros anhelos y está con nosotros, entonces sabemos que el esfuerzo no es inútil.

En realidad, no es nada nuevo lo nuestro. Una buena cantidad de personas nos hacen notar que algunas de las cosas que exponemos ya las conocían. Sin embargo, confiesan que sólo

se habían ocupado de aquilatarlas en su valor artístico. Parece una redundancia el que haya que dar a conocer al pueblo lo que él mismo crea, lo que motiva; enseñarle a apreciar su justo valor, el drama que vive a diario y que no le duele, por eso, porque ya es una costumbre.

Durante nuestra permanencia en el puerto jarocho, organizamos una serie de programas de radio. Y cuando en uno de ellos se nos preguntó si creíamos que el resultado compensara nuestros esfuerzos, expresamos nuestra esperanza de que así sea, porque tenemos fe en nuestro pueblo y porque siempre la tendremos; porque comprendemos que un pueblo vive en la medida de su cultura y que, si apenas empezamos, podemos considerar que vamos hacia arriba, y siempre de frente.

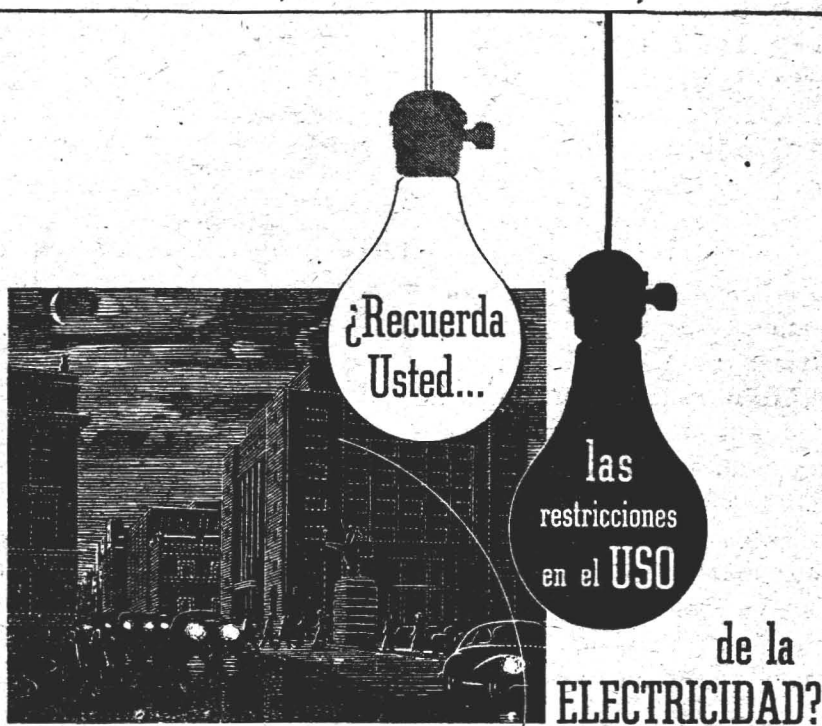
Nos alegró mucho que las visitas a la Exposición nunca se interrumpieran. Y nos consideramos muy felices cuando maestros y alumnos escuchaban con atención las explicaciones dadas; pero más contentos estuvimos cuando descubrimos a un bolerito de escasos diez años, que, con sus utensilios bajo el brazo, recorría la sala con una curiosidad que ya quisieran para sí muchos adultos. Luego nos dirigió una franca sonrisa en la que creímos ver agradecimiento, y se fué a seguir impulsando su negocio. En verdad, un día memorable para nosotros, porque consideramos que para él no fué un día cualquiera.

Terminada nuestra labor en Veracruz, embarcamos rumbo a Yucatán, y la novedad del primer viaje por mar fué más fuerte que el deseo de cumplir con el riguroso mareo.

Hicimos ochenta horas de viaje; que significaron ochenta maneras diferentes de aburrirse del mismo modo. Y cuando ya el fastidio iba formando parte de nuestras inactividades cotidianas, "nos vimos obligados" a desembarcar.

La Exposición fué colocada en la Universidad. Y el apoyo de las autoridades educativas, cada vez mayor. Francamente, se duelen de que nos nos acordemos de ellos más a menudo. ¡Hay tanta tierra de por medio! Y la Exposición merece la calurosa aprobación de todos. De allí, pasamos al Parque de las Américas. El domingo en la tarde, como todas las tardes de domingo en Mérida, el pueblo acude al Parque formando una masa heterogénea que se vuelca en el pequeño salón donde los recibimos con mucho gusto. Más tarde, nos situamos en la Dirección de Educación del Estado, de donde partimos a Valladolid.

¿Resultados? Se pueden resumir así (hablando, claro está, de lo que consideramos la mayoría):



No hace mucho tiempo la luz se cortaba varias horas diarias alternando los sectores de la ciudad, y aún así, había que reducir el consumo en los hogares, en los comercios y en las fábricas para no correr el riesgo de que el servicio fuera cortado.

La Compañía Mexicana de Luz y Fuerza Motriz, empeñosamente está luchando para que esto no suceda otra vez y por eso está tratando de conseguir los préstamos necesarios para aumentar sus plantas generadoras, para poder surtir sin interrupciones la demanda de electricidad que cada día es mayor.

El kilowatt-hora más caro es el que no se puede conseguir cuando se necesita.



CAMARA NACIONAL DE ELECTRICIDAD

El medio estudiantil, preocupado por alcanzar o sostenerse en algo que se siente flotar en el aire y que podría llamarse aristocracia intelectual, no tiene otras inquietudes que las de su interés personal. Pasaron, vieron nuestras cosas, y nada más. Para ellos, la Exposición no fue más que un intervalo entre dos clases.

El pueblo —habrá que confesarlo— nos defraudó un tanto. Es evidente que no pensábamos encontrar esa alegría desbordante y esa franqueza características del pueblo veracruzano; sin embargo, hubo demasiada indiferencia.

Y no hemos encontrado la razón. Como tampoco nos hemos explicado qué se hizo de los descendientes de aquellos que hicieron de Chichen-Itzá —por ejemplo— un monumento al esfuerzo propio, a la voluntad engrandecida, a la cultura desarrollada por sí misma con un esplendor inigualable. En efecto, ¿qué hace el maya de nuestros tiempos? “Es un hombre que no sonríe, que no canta, que sólo vive para morir crucificado en el henequén. Porque la raza que construyó tan admirables monumentos, la raza que luchando con la selva, el sol y la sed supo crearse un imperio más grande aún que las dificultades que venció para lograrlo, esa raza ya no existe.” Así se expresó un yucateco que quiere a su pueblo y ve con amargura que la tradición luminosa de los mayas ya no es más que eso: una luminosa tradición que sus herederos no han querido perpetuar.

Hemos estado en las ruinas. Allí, donde lo maya tuvo sus principios cuando el principio no era. El camino es una víbora sedienta que, huyendo del sol, se esconde inútilmente debajo de la luz. A los lados, enfrente, detrás, todo el inmenso henequenal que es Yucatán, semeja un encrespado mar de agujas verdes.

Apenas salimos de nuestro asombro. En realidad, ¿estamos otra vez en el siglo XX? Porque, por un momento, nos vimos en aquella época que fue todo esplendor y vida, en la plenitud de una cultura más grande aún que el asombro que nos ha provocado. La ilusión sería completa, si un prosaico guía de turistas no interrumpiera nuestro ensueño. Allí se agotan los adjetivos, las interrogaciones surgen a cada paso, y la realidad termina por empequeñecer a la fantasía. Es inútil decir más. El que no lo ha visto, no lo puede concebir por lo que le cuenta el que lo ha gozado, porque éste no puede describirlo. Sólo allí está la verdad, una lección para las generaciones, en el lugar donde el tiempo hizo un alto, y quedó detenido para siempre.

Campeche es famoso por dos causas: una cera de la que no se habla

para nada allí mismo, y un chicle que alcanza la mitad de la producción mundial... en estadísticas.

En efecto, durante la pasada guerra mundial la demanda de chicle subió en forma inusitada, y Campeche cumplió. Entre paréntesis, nadie desconoce que con la búsqueda de árboles chicleños se originó el descubrimiento de esas ruinas arqueológicas que han sacudido al mundo con sus pinturas murales. Eso dio origen a que aventureros extraños a nuestro país y sin escrúpulos de ninguna naturaleza se dieran a la tarea de pretender saquear impunemente algunas de esas ruinas.

Terminó la guerra, la demanda de chicle se vino abajo, y aquí el problema: el comprador lo quiere adquirir a un precio igual e inclusive más bajo que el que tenía antes de la guerra. El vendedor no acepta.

La madera y la copra, que también se producen en gran escala, ya no se transportan por vía fluvial, lo cual ha nulificado casi el tráfico comercial que inquietaba el en otrora floreciente puerto de Ciudad del Carmen.

Por eso no debemos culpar al pueblo si se muestra desidioso ante un evento cultural. De allí que el esfuerzo que se tiene que desarrollar para engrandecer la cultura tenga que ser cada vez mayor. Y Campeche cuenta con elementos de reconocida valía. Publicaciones como *El Reproductor Campechano*, patrocinada por el mismo Estado, son un esfuerzo digno del mejor encomio. También el Instituto Campechano publica una Revista. Eso, tal vez para suplir la falta de periódicos locales. Parece extraño, pero allí no se ve una sola chimenea que indique la existencia de centros fabriles o cosa parecida.

La Exposición se instaló en el Centro Cultural para Obreros y Campesinos, un local amplio y bien situado, en el que día a día supimos de la situación y terminamos por comprender el por qué de la escasa concurrencia.

Llevamos dos conferencias preparadas para decirlas a los maestros de primera enseñanza, y el tema de ambas no podía ser más interesante para un profesor: “Pedagogía del dibujo infantil” y “Panorama de la pintura moderna mexicana”.

Pero a veces la buena voluntad no basta. En Veracruz, el público brilló por su ausencia. En Mérida, los amables maestros se portaron a la altura de las circunstancias, y a más de un buen número, hubo verdadero interés.

Emprendemos el regreso intempestivamente. De Ciudad del Carmen a Puerto México, en un barco de cabotaje. El litoral de Tabasco, en toda su extensión, nos contempló impasible y sereno.

Historia...

(Viene de la página 24)

cambio le dió alas para transportarse a una lejana isla en el mar tenebroso, San Brandán, de la que las tradiciones populares hicieron el final retiro del rey infortunado.

Y la leyenda gusta también de envolver en el sahumero de sus consejas, objetos que a su contacto cobran vida, nuevas reliquias veneradas.

Así Teodolinda, la reina longobarda, la que eligiera a Argilulfo por esposo y lo convirtiera al cristianismo, hizo consentir al mundo en que había colocado en la corona de hierro de los soberanos de Lombardía, uno de los clavos con que Jesús había sido sacrificado.

Y cuántas veces ha gustado la tradición de dejarse oír confundida con el rumoroso follaje de los árboles como lo hicieron los helenos escuchando temblorosos las proféticas encinas de Dodona, “cuyos rumores interrogaban las sacerdotisas entre el ruido de los vientos y de la tempestad”.

Es precisamente una encina el conocido tribunal del rey santo de Francia, Luis IX, a quien placía escuchar bajo su sombra las quejas de cualquiera de sus súbditos.

Es asimismo una encina, la de Donar, el símbolo de la férrea disciplina que impulsaran los señores normandos en sus pertenencias, pues habiendo colgado Rolón de ella un brazalete de oro, cuentan los cronistas estar éste tres años después, sin que nadie hubiera osado hurtarlo.

También en una encina, “la encina real”, logró salvarse Carlos II de Inglaterra después de su derrota en Worcester por las fuerzas del Lord Protector, permaneciendo oculto mucho tiempo entre sus ramazones pródigas.

Un árbol, finalmente, un capulín autóctono, salvó la vida de nuestro Netzhualcóyotl que se ocultó entre su follaje mientras su padre Ixtlixóchtli caía ante los ojos atónitos del joven, bajo los golpes tecpanecas.

Y muchos hechos y muchos hombres parece tocar el hada leyenda con su varita de virtud en la Europa medieval, en la Europa avasallada bajo el signo caballeresco de Amadís: el trovador Blondell en la incansable búsqueda de su amigo Ricardo Corazón de León; el rey Arturo y sus hazañosos caballeros de la Tabla Redonda; y Alfredo, el monarca inglés, cuya figura escorza Maurois como “un soberano legendario que tiene una leyenda verdadera... y cuya aventura participa del cuento de hadas y de la novela de caballería”.

Y no digamos el Cid y el propio Carlomagno.

Personajes, algunos de ellos literarios, pero arrancados otros de su mundo histórico para situarse dentro del bello marco del poema.

La Historia, dice Scherr, no se presenta como un risueño idilio sino como dolorosísima tragedia, aunque es verdad que a fin de que no sean tan terribles sus cuadros se mezclan a menudo con entremeses cómicos, en los cuales aparece el héroe con un bufón por compañero, encargado de distraer al auditorio, dando así ocasión a los espectadores para alternar el llanto con la risa.

Ningún momento mejor para demostración de estas ideas que cuando los mitos se transforman en duendecillos traviesos que inquietan la solemnidad augusta de la Historia y juegan alborozados una mala pasada a Carlos el Simple (que hasta tiene nombre de personaje de cuento infantil).

Este, atemorizado, no sabía qué hacer ante las invasiones de los pujantes vikings. Y tiene que capitular. Otorga al fiero Ro-

lón su hija en matrimonio y lo hace dueño de la Normandía, que será riquísimo ducado.

Pero el vasallo, a veces más poderoso que el señor, en tierras de los francos tenía que rendirle homenaje besándole los pies. Rolón naturalmente rehúsa, él es el fuerte, pero el ceremonial no puede transgredirse.

El fiero guerrero señala entonces a uno de sus secuaces para cumplir el humillante encargo.

Y se cumple, pero el guerrero normando toma bruscamente el pie del pusilánime monarca para llevarlo a sus labios, sin inclinarse él, lo que da por resultado que vaya a dar Carlos estrepitosamente al suelo en medio de la hilaridad y de las burlas de los circunstantes.

¿Sería cierto esto? Probablemente no.

¿A tal grado llegaría el temor del rey por el aguerrido Rolón, que no pudo castigar tal desacato? Posiblemente sí.

Pero de todas maneras el incidente es el condimento del platillo, que sin agregarle nada en el fondo le da sabor especial y lo hace inolvidable.

*

Como si hubiéramos desarrollado una moderna versión cinematográfica a colores, hemos recordado anécdotas y fábulas recogidas de la Historia y que han destacado con viveza muchas de sus páginas, que de otro modo nos hubieran parecido grises.

Ahora bien, mito y leyenda, habitantes de grutas encantadas, de montes sacrosantos, de castillos tenebrosos o de aposentos reales; nutriéndose de ensueños visionarios y empuñando espadas invencibles o impolutos lábaros en gestas tremebundas; habránse arrebujado en la tenue gasa de los tiempos idos para no actuar ya más? ¿Habrán desaparecido para siempre como con la Blanca Nave desapareció la altiva estirpe del Conquistador Guillermo?

Seguramente que no.

La fábula no es sólo del pasado, pues como congénita a la naturaleza humana, mientras se escriba Historia, se forjará leyenda.

En relación con uno de los más tremendos sucesos contemporáneos, la última conflagración mundial, ¿no se ha lucubrado toda una novela sobre la supuesta desaparición del orgulloso Führer?

¿No se dice que no pereció en los salones de la Cancillería, sino que huyó para protegerse en inciertas tierras de donde surgirá algún día como habrá de despertar su antepasado Barbarroja del secular letargo en que ha dormido, haciendo que vengan mejores días para Alemania?

Esta leyenda y otras más que están desbordándose, son los fuegos fatuos cuyas errantes y temblorosas llamas se han empezado a encender para proyectarse hacia la negrura del mañana.

Historia y leyenda seguirán actuando unidas y ésta, como inseparable de la idiosincrasia humana y pese al rango científico logrado por aquella, coopera a la estructuración que está forjándose.

Como en los tiempos de la Ilíada y la Odisea, de Femio y Demodoco, nuestra serena musa, muy a pesar de su sitial augusto en el templo de la ciencia, seguirá recogiendo, aun sin quererlo, entre los vuelos de su divino peplo, el polvo de oro de las consejas populares.

Los mitos, naves de audaces y azuladas proas, seguirán surcando, y lo harán siempre, el océano infinito y proceloso de la Historia.